

LIBROS

44

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2018

Marina Garcés

• CIUDAD PRINCESA

Masha Gessen

• EL FUTURO ES HISTORIA.
RUSIA Y EL REGRESO DEL
TOTALITARISMO

Roberto Calasso

• LA ACTUALIDAD INNOMBRABLE

Daniela Spenser

• EN COMBATE. LA VIDA
DE LOMBARDO TOLEDANO

Sally Rooney

• CONVERSACIONES
ENTRE AMIGOS

Ruth Glantz

• ARTURO ROSENBLUETH,
1900-1970



ENSAYO

No mueras posibilidad



Marina Garcés
CIUDAD PRINCESA
Barcelona, Galaxia
Gutenberg, 2018,
256 pp.

MANUEL ARIAS MALDONADO

Filósofa de renombre público y éxito editorial, Marina Garcés ha entregado con *Ciudad Princesa* un libro valioso que habrá de leer todo aquel que se interese por el activismo político teóricamente fundamentado. O, viceversa, por una teoría cuya vocación sea la de transformar la vida pública y privada. Es mérito de Garcés haber incorporado esta última dimensión, en forma autobiográfica, para componer una obra singular que retrata las distintas facetas de su existencia: la activista política, la pensadora pública, el sujeto privado. No es así casual que el libro comience con el desalojo del Cinema Princesa de Barcelona allá por octubre de 1996,

en cuya ocupación había participado la joven Garcés, ni que termine con el referéndum ilegal del 1-0, que contó con su adhesión entusiasta. Memorias políticas y personales, pues, cuya finalidad no es tanto hacer un trabajo conceptual como “revisitar lo vivido para recoger su sentido”. Asunto distinto es que ese sentido tenga sentido fuera del marco de percepción que la autora se esfuerza en defender.

Se da la paradoja de que Garcés, cuya politización tuvo lugar a finales de los años noventa en el marco del movimiento antiglobalización, quiere contarnos un aprendizaje que no tiene lugar. O, mejor dicho, que no se hace evidente al lector. Es verdad que la pensadora catalana va cambiando de temas o lecturas, experimentando por el camino vivencias tan potentes como la maternidad, pero nunca abandona la posición política que queda fijada ya con sus primeras *okupaciones*. Y tampoco modifica su compromiso con unas ideas y formas de vida que —a su juicio— no están perdidas pese a ser minoritarias. En otras palabras, Garcés termina donde empezó. De acuerdo con sus propias formulaciones: en la defensa de lo común, en la lucha contra la privatización de la existencia, en el esfuerzo por construir un “nosotros” sustraído a todo poder. Algunos de sus compañeros de viaje “pactaron con el sistema de partidos, con el conformismo privado, con el oportunismo económico y mediático”. Frente a ese pacto con la realidad, Garcés no deja de agitar la bandera de lo posible, de aquello que podría ser frente a la tiranía de lo que es. Se hace aquí explícita la influencia de Deleuze y del Spinoza de Deleuze, aunque también de Rancière o Negri. Escribe:

Si a algo hemos aspirado siempre quienes nos politizamos en ese

momento es a no ser gobernados. No se trataba de la aspiración individualista a poder vivir cada uno por su cuenta, desde la ficción autosuficiente de la sociedad de mercado. Se trataba, por el contrario, de la aspiración a la autodeterminación plena de las colectividades, construida desde la reciprocidad de los vínculos entre personas anónimas.

Según el autorretrato colectivo pergeñado por Garcés, estamos ante activistas inspirados por el anarquismo sin ser anarquistas, que se muestran suspicaces ante la promesa contracultural por entender que las drogas y el sexo han pasado a formar parte del “consumismo festivo”, que poseen orgullosamente una identidad basada en el “rechazo a toda identidad”. Aunque sí hay una identidad: una organizada alrededor del compromiso con la transformación del mundo, en el sentido prescrito por la ideología antisistema o de resistencia. Es una forma de vida cuyo romanticismo épico asoma en el texto:

¿Cómo sostener, pues, una vida comprometida? [...] En mi caso, durante muchos años he ido cada semana a dar clase con una maleta en la mano. Una maleta donde hay todo lo que necesito para sobrevivir dos o tres días fuera de casa: pijama, ropa, un montón de libros, algo de comida...

Se suceden así, a lo largo del volumen, los objetos de atención de esta *praxis* política: el Fórum de las Culturas, la inmigración, el turismo de masas, el “disparador de posibles” del 15-M, la independencia de “Catalunya”, las movilizaciones feministas. Y se suceden o solapan, también, los instrumentos de combate: las *okupaciones*, iniciativas como Espai en Blanc o la campaña Dinero

Gratis (apoyada por Las Agencias del Macba), el largometraje *El taxista ful*, los libros dirigidos al público no especializado, el controvertido pregon de las fiestas de la Mercè de 2017 (incorporado aquí a modo de epílogo). Firme pero grácil, la escritura de Garcés se mueve con soltura a través de estos meandros, desdibujando la línea que separa lo público de lo privado y ofreciendo una crónica rica en matices del mundo del activismo político-académico, sin olvidarse de presentar las ideas de los pensadores que más han contribuido a su visión del mundo.

Se echa de menos, por desgracia, un esfuerzo de clarificación que permita al lector comprender cuál es el contenido de la alternativa que propone la autora. Con demasiada frecuencia, la invocación de “lo posible” o de las formas de vida “no convencionales” se agota en sí misma o se desliza hacia fórmulas que desesperarían a un filósofo analítico: de la “mirada insumisa que reaprende a ver este mundo como un mundo común” al “pensar más allá de lo que uno ya sabe”, pasando por la idea de que “entrar y salir es aprender también a atravesar lenguajes sin neutralizar sus diferencias y sin estandarizar su funcionamiento”. Aunque el rechazo de la realidad vigente queda claro, detrás del mismo no parece existir el boceto de un orden social universalizable; uno, en fin, que pueda extenderse más allá del experimento a pequeña escala. Lo que interesa a Garcés de la victoria de Colau, por ejemplo, es ese momento inicial en que “no se sabe qué pasará”. Pero luego no pasa nada, o casi nada. Y eso es, en la Barcelona de Colau o la Grecia de Tsipras, lo que pasa.

Hay, también, un problema de diagnóstico. Sostiene Garcés que la sociedad española posterior a 1975 es “la obra póstuma de un dictador

que murió en la cama”, negando de un plumazo el desarrollo democrático y económico de los últimos cuarenta años. También nos informa de que en Barcelona ya no quedan “espacios de vida”, nos habla con elocuencia de la depredación capitalista del mundo. Sin embargo, las estadísticas sobre el desarrollo socioeconómico global y las encuestas que interrogan a los españoles sobre su felicidad ofrecen un panorama muy distinto al presentado por la autora. En ese sentido, es desafortunado que quien se dice tan atenta a los abusos de poder vea en el *procés* una aventura emancipadora, suerte de continuación del “reprimido” 15-M. Para Garcés, la bandera de la proclamada República de Cataluña es más defendible que la del “Estado español” y las “palizas en los colegios electorales” del 1-O serían la mejor prueba de la impotencia del Estado. Se nos dice que el 1-O representa un acto de “autodeterminación colectiva” que enfrenta dos sentidos distintos de soberanía: la estatal y la que se sustrae a lo estatal. Este último, que ella prefiere, persigue “construir espacios políticos no despóticos”. Pero no hay una sola mención a la violación de la legalidad estatutaria que tuvo lugar en el Parlament los días 6 y 7 de septiembre, ni al régimen iliberal dibujado en la Ley de Transitoriedad, ni a las políticas nacionalizadoras de los gobiernos catalanes. La sensibilidad hacia la “parte sin parte” de la que habla su admirado Rancière está ausente cuando más se la necesita: Garcés no parece “ver” a los ciudadanos contrarios a la independencia, cuyos derechos trataba de conculcar el independentismo.

Hay aquí, en última instancia, una contradicción no resuelta. Garcés alude en algún momento, citando a Walser, a las bandas de santos que huían del mundo para realizar su

ideal de vida en solitario. Pero si el utopista contemporáneo está lejos de disfrutar del apoyo social necesario para universalizar su programa político, ¿por qué no realizar privadamente esa forma de vida alternativa, dejando que los demás vivan a su vez como mejor les parece? A fin de cuentas, el sistema liberal-democrático deja sitio al activista antisistema, cosa que no puede decirse de otros regímenes políticos. *Ciudad Princesa* no discute este problema y habría sido interesante que lo hiciera. Por fortuna, ofrece muchas otras cosas: nadie saldrá de su lectura con la sensación de haber perdido el tiempo. —

MANUEL ARIAS MALDONADO (Málaga, 1974) es profesor de ciencia política de la Universidad de Málaga y autor de *Antropoceno* (Taurus, 2018).



PERIODISMO

El poder de las ideas



Masha Gessen
EL FUTURO ES HISTORIA. RUSIA Y EL REGRESO DEL TOTALITARISMO
Traducción de José Adrián Vitier
Madrid, Turner, 2018, 600 pp.

RICARDO DUDDA

En el prólogo de *El futuro es historia*, la periodista Masha Gessen dice que mientras tejía las historias del libro se imaginaba “escribiendo una larga novela rusa de no ficción que intentara capturar tanto la textura de las tragedias individuales como los acontecimientos e ideas que las moldearon”. Es un reto ambicioso que cumple con éxito. *El futuro es historia* cuenta las vidas de individuos que nacieron en los ochenta, durante los años de la *perestroika*, y que llegaron a la edad adulta (y a

la concienciación política) bajo la presidencia de Vladímir Putin. En ocasiones, Gessen se centra en las historias personales y deja de lado acontecimientos importantes. En otras, en cambio, analiza con detalle la evolución de la ideología, del poder y de las ideas en Rusia desde Gorbachov hasta Putin (¿Es la Rusia de Putin un Estado totalitario o autoritario? ¿Es una democracia iliberal o un régimen híbrido, como se llegó a denominar? El teórico político húngaro Bálint Magyar da quizá la mejor definición: “Estado mafioso poscomunista”). A menudo, Gessen no puede elegir entre las historias individuales y la política: como en los totalitarismos, en la Rusia de Putin es difícil separar lo personal de lo político.

El libro llega a una conclusión deprimente: el Homo sovieticus no ha muerto, se ha adaptado desde el totalitarismo soviético al Estado mafioso, oligárquico y autoritario de Putin. La lógica de “doblenpensar” orwelliana del individuo soviético, que debía estar siempre atento a las señales del poder y su arbitrariedad para poder sobrevivir, vuelve con Putin. Hay un deseo de estabilidad, que solo puede traer un líder fuerte y con gran autoestima, y una nostalgia por la URSS, a la que se asocia con victorias épicas como la Gran Guerra Patriótica contra los nazis. El nacionalismo, que era un cáncer pequeño-burgués para la ideología soviética, es ahora la ideología oficial.

Gessen hace el intento imposible de psicoanalizar su país. Y lo hace de una manera original e interesante: a partir de las historias e investigaciones de quienes, después de setenta años de cerrazón soviética, intentaron analizar Rusia: “En los años ochenta, los científicos sociales que trabajaban en la Unión Soviética no solo carecían de la información sino también

de las habilidades, el conocimiento teórico, y el lenguaje necesarios para entender su propia sociedad.” El sociólogo Yuri Levada intentó en los años ochenta desentrañar las características básicas del Homo sovieticus: “El miembro exitoso de la sociedad soviética creía en el autoaislamiento, el paternalismo estatal, y en lo que Levada denominó ‘igualitarismo jerárquico’, y sufría de un ‘síndrome imperial’.” A través de las encuestas y estudios de Levada, Gessen observa cómo la aparente apertura de los noventa es un espejismo: entraron ideas nuevas y aire fresco, pero más como consecuencia de la dejadez y el estupor que provocó la caída de la Unión Soviética que por un interés o deseo de mayor tolerancia democrática. Aunque hubo represión, violencia, e incluso una guerra contra Chechenia, el Estado bajo el presidente Yeltsin dejó huecos sin ocupar.

Esto es algo que cambió profundamente con Putin, que llegó con la idea de reconstruir un Estado total, oligárquico y de amiguetes. Putin se ganó la simpatía de una Rusia con baja autoestima. Capitalizó una creciente nostalgia por la URSS (en las encuestas de Levada es vista cada vez mejor, y Stalin llega incluso a ser considerado el hombre más importante de la historia) y características básicas del totalitarismo: la nación, los valores tradicionales, la paranoia ante el



enemigo externo (Estados Unidos) e interno (los quintacolumnistas que quieren hacer una “revolución naranja” al estilo de Ucrania) y una idea imperial de Rusia, que denominó “el mundo de Rusia”. El origen de esta idea proviene de Aleksandr Duguin, otro de los personajes de *El futuro es historia*. Duguin es famoso en los círculos de ultraderecha por haber creado la ideología del “euroasianismo”, una especie de supremacismo eslavo antioccidental. Piensa que conceptos como derechos humanos, democracia, o progreso no encajan con la identidad y la cultura eslava. En pocos años, su tesis reaccionaria pasó de ser excéntrica y minoritaria a ideología de Estado.

En 2014, cuando Rusia invadió Crimea y comenzó la guerra en el Este de Ucrania, Putin usó los argumentos de Duguin: no solo había que proteger a los rusoparlantes fuera de Rusia sino también garantizar que el espacio de influencia de Rusia no se occidentalizara. Esa occidentalización era también un riesgo para los valores tradicionales. En nombre de ellos, y de la familia convencional, el gobierno de Putin, junto a la iglesia ortodoxa, elaboró varias leyes contra los homosexuales: al principio se escondían tras el argumento homófobo clásico de la lucha contra la pederastia, luego ni siquiera necesitaron esta excusa. “El espectro de la liberación gay”, escribe Masha Gessen, “había surgido como un hombre del saco al estilo de los francmasones, los sionistas o los financieros americanos.” Los gays eran no solo un peligro contra la familia tradicional; eran una amenaza demográfica, y contra la identidad cristiana de Rusia.

El futuro es historia no es un libro sobre disidentes sino sobre liberales. El concepto suena antiguo o rancio pero tiene sentido

en el contexto de la Rusia de Putin: los protagonistas de esta obra intentan pensar por su cuenta (políticos, disidentes, sociólogos, psicólogos) y tener criterio propio en un país cada vez más autoritario construido sobre los pilares del gran proyecto totalitario del siglo XX: la Unión Soviética. Gessen narra la historia de Boris Nemtsov, asesinado en 2015 a pocos metros del Kremlin, y de su hija, que pueden considerarse disidentes clásicos, pero también la historia de Arutyunyan, una psicóloga que se formó con libros de Freud, ilegales en los ochenta, y que piensa que la ansiedad de sus pacientes, a pesar de lo que dicen sus manuales de psicoanálisis, no tiene nada que ver con lo reprimido, sino con una vida miserable e incierta bajo un Estado arbitrario. Cuenta la historia de disidentes como Navalny, Kará-Murza y demás luchadores, pero también la de individuos comunes como Masha o Seryozha, hijos de la oligarquía comunista que dicen ser apolíticos pero a los que la política acaba forzando a tomar partido, o Lyosha, un académico de estudios de género en Perm que emigra tras amenazas de muerte por ser homosexual.

Gessen no es muy optimista sobre el futuro de Rusia. Las escenas finales de su libro narran encarcelamientos, exilios, asesinatos. Hay un pequeño rayo de luz. Los adolescentes que protestaron en 2016 y 2017, y cuyas fotos dieron la vuelta al mundo, solo han vivido bajo Putin. Quizá ellos, piensa Gessen, al nacer sin el síndrome del Homo sovieticus, podrán plantar cara al putinismo, que en 2020 cumplirá veinte años en el poder. —

RICARDO DUDDA (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



ENSAYO

Apostillas a Calasso



Roberto Calasso
LA ACTUALIDAD INNOMBRABLE
Traducción de Edgardo Dobry
Barcelona, Anagrama, 2018, 173 pp.

JUAN MALPARTIDA

Calasso se pregunta si la sociedad secular cree en algo más allá de sí misma, “o si ha alcanzado ese alto grado de sabiduría por el que renuncia a la creencia y queda reducida a la observación, al estudio, a la comprensión, en una progresión indefinida e imprevisible”. Dicho con otras palabras, si nos hemos vuelto filósofos kantianos, científicos (teoría, observación, progresión siempre puesta a examen de grupos), ciudadanos con una moral fundada en la historia, en criterios lógicos. Calasso descarta inmediatamente esta segunda posibilidad. ¿Qué es una sociedad secular? La que basa sus presupuestos de convivencia en la voluntad democrática de sus miembros sin atribuir sus valores a metafísica alguna, entidades fuera de la historia y que influyen en ella. No sé si esta definición satisfaría del todo a Calasso. Piensa que vivimos un momento crítico y peligroso, y por eso divide su libro en tres partes significativas: la primera, “Turistas y terroristas”, es una visión del mundo actual; la segunda, “La sociedad vienesa del gas”, es una colección de testimonios, pertenecientes a los años que van de 1933 a 1945. Y la tercera, muy breve, “Avistamiento de las Torres”, retoma un sueño (¿profético?) de Baudelaire, que Calasso vincula al atentado de Nueva York. Ya

en su día (2001) leí que alguien establecía la misma relación.

Este admirable escritor, al que debemos varias obras tan cultas como sugerentes, trata de mostrarnos el momento en que vivimos, afectado de inconsistencia y sometido a la cuantificación (herencia del utilitarismo de Bentham) y digitalización. Antes nos sitúa en el antecedente social: “Entre los años 1933 y 1945, el mundo llevó a cabo un intento de autoaniquilación parcialmente exitoso. Lo que vino después fue informe, tosco y extraordinariamente poderoso.” Vivimos en una “sociedad experimental”, cuyos héroes fundadores son Bouvard y Pécuchet, esos personajes de Flaubert que aspiraban a un saber de todas las cosas, cuya materialización tecnológica Calasso cifra en internet. El saber, ahora digital y digitalizable, asume un papel único, en expansión continua. Dos extremos: sacrificio (vía terrorismo yihadista, dirigido a la sociedad secular, según Calasso) e inconsistencia de nuestra sociedad tecnológica.

La democracia es sin duda el mejor de los estados, pero su fortaleza radica en su fragilidad, el voto. No todo está permitido, pero sí es una puerta al poder, y no todo poder es bueno... “La democracia, más que el pensamiento de *algo*, es una cadena de procedimientos.” Calasso relaciona la aplicación de los procedimientos al automatismo. Uno de los problemas radica en que la sociedad secular, lejos de sentirse aliviada por haberse desvinculado de las “obligaciones rituales y confesionales”, busca causas como forma paliativa en vez de abrirse a nuevas posibilidades. En el fondo, los secularistas son píos, y en vez de actuar por el bien de una iglesia lo hacen por el bien de la humanidad, pero ambos son actos de fe. Según Calasso, el antecedente dieciochesco de estos humanistas

secularizadores es el evolucionismo: “El propósito de fundar una ética humanitaria sobre la base de la evolución permaneció, como cualquier otro intento de fundar una moral laica, en el estadio del *wishful thinking*.” De aquí que cada año algunos pensadores, científicos o no, se empeñen en que “ser buenos constituye una *ventaja evolutiva*”. ¿Qué quiere decir evolución? ¿Progreso, como han pensado tantos? No, hay que volver a leer a Darwin, o a sus estudiosos. Evolución es solo y nada menos que óptima adaptación y reproducción. Por otro lado, no está claro que la “secularización” suponga la abolición de todo vínculo. La gente no ha dejado de oír música, de leer poemas y narraciones, y estas operaciones suponen un vínculo no con la utilidad ni con lo cuantificable sino con lo cualitativo y único, con el tiempo prestigiado de la excelencia, por no aludir sino a algunos de los aspectos vinculatorios y no “visibles”. En este sentido, y con esto cierro esta pequeña reserva, la poesía en su sentido más general y concreto de *poesis* sí supone una revelación, el sentido de acceso a lo discontinuo de una continuidad, al fin y al cabo, lo poético (y en esto sigo a Octavio Paz) es anterior a las religiones, y por lo tanto sobrevive a la visión del mundo que pueda tener la *Iliada* o la Biblia.

Roberto Calasso afirma que “El mundo secular está dispuesto a seguir toda suerte de teorías, sobre todo si declararan tener su fundamento en la ciencia. Existen, también, revelaciones, que no sabe cómo tratar, porque tiene dificultades para reconocerlas”. El ser humano tiende, como parece decir Calasso, a estar más cerca de la fe que de la ciencia (que supone el escepticismo, la paciencia, el pensamiento abierto). Pero, ¿por qué el Homo saecularis no puede comprender lo divino? Lo divino, según nuestro autor, es lo que este Homo

ha borrado con cuidado e insistencia. Pero cualquiera puede leer a científicos ateos (lo son la inmensa mayoría) que tienen una relación personal *religiosa*, en el sentido de admiración, exaltación y vínculo, ante el conocimiento y la maravillosa complejidad o sencillez (a veces van juntas) del mundo. Calasso parece participar de una cierta versión del pensamiento científico, toma dos o tres casos y los generaliza, siempre leídos según su interés.

Dicho esto, esta obra de Calasso tiene algunas sugerencias muy valiosas. Entre otras cosas señala la tendencia a entender los mitos por su función, con lo cual anula el valor que puedan tener en sí mismos reduciéndose a una estructura. Por otro lado, creo que más discutible, toma a Simone Weil como guía en un tramo de su meditación para indicar que la más poderosa de las supersticiones de hoy es la de la sociedad. Vivimos “en la ignorancia de lo invisible”, salvo, matiza, si pensamos en las “tristes sectas occidentales”, esos hilachos de religión tomados de tradiciones de aquí y de allá. La sociedad secular, que se apoya en sí misma y se idolatra, está “desvinculada de observancias devocionales”, y por lo tanto es una “entidad anónima”. De ahí el título de la obra. Vivimos en una zona “que no tiene nombre”.

Calasso sospecha que ni la ciencia ni el secularismo nos salvan de los males, las guerras no han dejado de existir, seguimos desconociendo muchas cosas, y sin embargo estamos “desarmados”. Muchos de los males que expone en este libro son reales, pero me pregunto si necesitamos de verdad, y si es posible, un absoluto en el que apoyar la cabeza. Calasso no habla muy claro ni en las críticas ni en las propuestas, aunque sin duda es un defensor de la fuerza organizativa y trascendente del mito. El tema es

realmente difícil por su complejidad, pero me habría gustado una mayor claridad. Tal vez la ciencia y la poesía puedan darse la mano, y mostrarnos un camino: ignoramos muchas cosas y siempre ignoraremos, pero sabemos que formamos parte de este universo, que nuestra vida está tejida evolutivamente, enlazada a todo lo viviente, que a su vez se apoya en lo no vivo: los átomos y sus partículas. Las ciencias nos ofrecen un saber extraordinario, sin dogmas (que no sin principios, revisables), apoyadas en la búsqueda y en el escepticismo; por su parte, la poesía no ha dejado nunca de vincularnos, de hacer de nuestros sentidos y de nuestras ideas un crisol de analogías. Los poetas y los filósofos deberían perder prejuicios a la hora de acercarse a las ciencias. Los científicos que tienden a reduccionismos científicos no deberían olvidar que el poema (póngase pintura, música) es irreductible: es una singularidad, la discontinuidad en lo continuo. Aclaro: una discontinuidad analógica. —

JUAN MALPARTIDA (Marbella, 1956) es poeta, crítico literario y redactor jefe de *Cuadernos hispanoamericanos*.



BIOGRAFÍA

La fe del camarada Lombardo



Daniela Spenser
EN COMBATE. LA VIDA DE LOMBARDO TOLEDANO
Ciudad de México, Debate, 2018, 584 pp.

RAFAEL ROJAS

Tras años de paciente investigación en archivos de México, Estados Unidos, Gran Bretaña, Europa

y Rusia, la historiadora Daniela Spenser puso punto final a su ambiciosa biografía de Vicente Lombardo Toledano, tal vez el principal líder sindical de la historia de México y América Latina en el siglo xx. Dentro de los hitos de la Revolución mexicana podría incluirse ese, que no siempre se le adjudica: haber producido un liderazgo sindical que unió a la izquierda latinoamericana bajo un modelo único de relación especial con la URSS.

Lombardo se formó en los círculos intelectuales de la Revolución mexicana. Fue uno de los “siete sabios” de la Escuela de Altos Estudios y la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de donde se graduó en 1919 con la tesis *El derecho público y las nuevas corrientes filosóficas*. En aquellos años formativos, bajo el magisterio de Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, el joven poblano se adscribía a un humanismo liberal, crítico del marxismo. Fue la lucha universitaria y sindical, que emprendió desde los tiempos de su oposición al secretario de Educación del gobierno de Álvaro Obregón, José Vasconcelos, la que lo llevaría a identificarse con el marxismo-leninismo, ya no como ideología sino como credo.

Desde los años en que militaba en la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y respaldaba al Maximato callista, ya Lombardo profesaba esa fe, que provocaba constantes reyertas ideológicas con otros líderes sindicales y con sus propios maestros, Caso y Henríquez Ureña. Al momento del ascenso de Lázaro Cárdenas a la presidencia en 1934, Lombardo es un abierto defensor de Moscú, sin haber visitado la Unión Soviética aún y sin militar en el Partido Comunista Mexicano. Esa posición, aparentemente contradictoria, sería la base

estratégica de su prolongado liderazgo sindical.

Daniela Spenser da gran importancia al primer viaje de Lombardo a la URSS, con su inseparable compañero Víctor Manuel Villaseñor, entre el verano y el otoño de 1935. A diferencia de Walter Citrine, el líder sindical británico que viajó a Moscú por esos mismos meses y que cuestionó el control del movimiento obrero por parte de la burocracia estalinista, Lombardo regresó a México con una imagen idílica del país de los soviets. El socialismo, decía, ha “cuajado en una realidad”, el “sueño y las esperanzas se han cumplido”. La URSS era el “mundo del porvenir” y Leningrado le produjo una “impresión de opulencia y refinamiento” mayor que París, Berlín o Viena.

A su regreso de la Unión Soviética, Lombardo se convirtió en un guardián del prestigio de Moscú en la opinión pública mexicana. Cuestionó a André Gide por sus críticas a la URSS y combatió fervorosamente a León Trotski durante su estancia en México —incluso luego de su asesinato—. Todo el proyecto de fundación de una nueva central sindical, que arrancó con la Confederación General de Obreros y Campesinos (CGOCM) en 1933 y culminó con la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) en 1936, estuvo marcado por la defensa irrestricta del modelo soviético.

Spenser describe los vínculos de Lombardo con líderes soviéticos de la Internacional Sindical, como Alexandr Lozovsky, o con agentes de Moscú en México, como Witold A. Lovsky, pero no ofrece mayor información sobre el perfil del mexicano en los archivos rusos. El lector se queda con ganas de saber más sobre la especificidad de aquella agencia, que permitía a Lombardo ser un aliado a toda prueba de Moscú

sin militar en el Partido Comunista. Que la labor del mexicano era altamente valorada por la dirigencia soviética se constata en su protagónica conducción de las relaciones con el movimiento obrero y el Partido Comunista de Estados Unidos, bajo las dirigencias de Earl Browder y William Z. Foster.

Desde la CTM, Lombardo creó un vínculo más armonioso que conflictivo con todos los gobiernos y presidentes del PRI, que continuaría su sucesor, Fidel Velázquez. De hecho, la biografía de Spenser sugiere que la relación más tensa de Lombardo fue con Lázaro Cárdenas, por la independencia de Moscú que mostró el general con el asilo de Trotski. El nacionalismo revolucionario cardenista se acercaba a una zona radical de la izquierda que Lombardo rechazaba, en sentido similar al rechazo de Stalin a los bolcheviques, trotskistas y anarquistas. Es por esa razón que respaldó la candidatura de Manuel Ávila Camacho, en contra de la de Francisco J. Múgica, en 1940, y criticó el Movimiento de Liberación Nacional de Cárdenas a principios de los sesenta.

Tras heredar la dirección de la CTM a Fidel Velázquez, Lombardo se concentró en dos proyectos en los que continuó aquel entramado geopolítico de lealtad a Moscú y entendimiento con Los Pinos. La Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), fundada en 1938, le permitió extender una red prosoviética en el movimiento sindical latinoamericano, enfrentándose, por un lado, a la influencia creciente del populismo, que provenía, sobre todo, de Getúlio Vargas y el Estado Novo en Brasil y del peronismo argentino, y por el otro, a las corrientes trotskistas, socialdemócratas o liberales, alentadas por el sindicalismo estadounidense. En el frente

interno, el Partido Popular Socialista, creado a fines de los cuarenta, facilitó a Lombardo su disciplinada complicidad con el presidencialismo priista.

La biografía de Spenser concluye con la crisis que representó, para aquel *modus vivendi*, el posestalinismo y el calentamiento de la Guerra Fría en América Latina. Lombardo no supo adaptarse al “deshielo” en la URSS y su liderazgo en la CTAL se vio severamente cuestionado por los partidos comunistas latinoamericanos. El viejo líder sindical celebró la Revolución cubana, pero se opuso firmemente a su influencia en la juventud radical mexicana. La muerte de Lombardo en noviembre de 1968, mientras respaldaba la represión del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz contra el movimiento estudiantil y la invasión soviética de Checoslovaquia, fue todo un símbolo del agotamiento del estalinismo en América Latina. —

RAFAEL ROJAS (Santa Clara, Cuba, 1965) es historiador y ensayista. Taurus publicó este año *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*.

NOVELA

De qué hablamos cuando hablamos de amor



Sally Rooney
CONVERSACIONES ENTRE AMIGOS
Traducción de Ana García Casadesús
Barcelona, Literatura Random House, 2018, 334 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

De *Conversaciones entre amigos*, el debut de Sally Rooney (Country Mayo, Irlanda, 1991), se ha dicho que es una

novela de ideas. Pero esa definición es en parte reductora. La trama no es especialmente original: cuenta algo así como un cuadrado amoroso, si es que puede llamarse de ese modo. La naturaleza del vínculo de las dos parejas protagonistas es compleja: las dos chicas son amigas y fueron novias en la adolescencia y el matrimonio duerme en habitaciones separadas. Entre los cuatro se establecen relaciones dominadas por el ego, el deseo, la envidia y la admiración. Frances es la protagonista y narradora, escribe, es de clase media quizá venida a menos y sus padres están separados. Bobbi, su mejor amiga, y Frances hacen recitales de los poemas que esta escribe. Bobbi es rica. Las dos viven en Dublín. Conocen al matrimonio en su casa, después de uno de sus recitales, al que acude Melissa, cuyo trabajo las chicas más o menos siguen. Las lleva a su casa esa misma noche y allí está Nick, el marido, un actor guapo al que probablemente ya se le ha pasado la hora del éxito. La impresión que le causa el matrimonio a Frances está determinada por su condición social: “ Toda una casa”, dice la narradora. “Gente rica, me dije. En esa época pensaba todo el tiempo en gente rica.” Las chicas están en el tercer año de la universidad, el matrimonio está en la treintena.

El libro está lleno de reflexiones, ideas y exposiciones sobre los temas más diversos (la vivienda, el dinero, el trabajo, el deseo, las relaciones), pero también tiene algo de novela de acción mental: muchas de las cosas que suceden (o dejan de suceder), lo hacen primero en la cabeza de Frances, sus acciones responden a la imagen de sí que quiere proyectar para los demás, o son el relato de algo que le ha sucedido. Pongo un ejemplo: sufre terribles dolores menstruales que se

confunden con un aborto espontáneo. Cuando los médicos le dan el diagnóstico definitivo, endometriosis, Frances decide no contarle, ni siquiera a su madre, para que no la vea como una enferma. Como si no contar su enfermedad fuera a hacerla desaparecer. Otro ejemplo: cuando tiene problemas de dinero, tampoco se lo cuenta a nadie, no pide dinero a sus padres, aunque solo pueda hacer una comida al día. Por otro lado, es una novela muy física: la descripción de las sensaciones físicas, en las relaciones sexuales, del dolor que se produce Frances como un mecanismo de control de las emociones, o del contacto con el agua fría o el sol sobre la piel ocupan una parte importante del libro.

También, en el sentido de novela de acción mental, es un libro sobre la fascinación y las altas cotas de torpeza que alcanza el comportamiento humano. Frances y Melissa son profundamente antipáticas la una con la otra porque una admira los logros de la otra y a otra le intimidan la juventud y el ímpetu de la primera. Bobbi se prenda de Melissa. Nick, de Frances. La tirantez entre Bobbi y Nick se acaba transformando en complicidad. Melissa y Nick parecen unidos por un vínculo más complejo que el de la dependencia mutua. Frances se deshace como un azucarillo ante la imponente belleza de Nick, que de tan evidente resulta ridícula. Bobbi cree que Frances idealiza a todo el que le gusta. Frances que Bobbi es la persona más carismática del mundo. Ninguno de los personajes es cruel, aunque a veces su comportamiento con los demás lo sea. Más bien, cada uno de los personajes actúa movido por sus propios miedos, inseguridades, deseos e impulsos sin pensar en cómo eso puede afectar o no al otro.

Los demás son objetos indescifrables, de admiración, o de los que hay que protegerse. En ese sentido, la novela puede leerse también como un tratado del egocentrismo y de las consecuencias de vivir encerrados en nuestra propia burbuja de problemas y sueños.

Una de las cosas más interesantes del libro es que gran parte está construido a base de conversaciones, de ahí el título. Eso sí, no se presentan al estilo tradicional, como guiones o comillas, sino que aparecen a bocajarro sin distinguirse de la voz de la narradora. Hay conversaciones por mail, por mensajes y diálogos. Hay rescates temáticos de conversaciones: Frances guarda el historial de conversación con Bobbi y decide releerlo haciendo búsquedas de palabras: amor es la primera que hace. En el uso de las conversaciones para estructurar la novela reside la innovación formal de este libro que, en ese sentido, ha sido comparado con las últimas novelas de Rachel Cusk, construidas a partir del diálogo directo de la protagonista con otros personajes.

En cuanto a los temas que aparecen, además de los citados, están la amistad, las relaciones familiares, el alcoholismo, el trabajo, el feminismo, la identidad sexual, la enfermedad, el catolicismo, la infidelidad, la lealtad, la depresión o la política. La introducción y tratamiento de algunos resulta más forzada que la de otros, pero es un cuadro bastante representativo de la complejidad del mundo contemporáneo y de la volatilidad de los deseos. Nada parece demasiado sólido ni demasiado rígido, la naturaleza de las relaciones cambia constantemente, también la de los sentimientos, la antipatía es solo una forma de envidia o de miedo. Y el amor puede ser el nombre que le

damos a la necesidad que tenemos de no sentirnos solos e inseguros. —

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2016 publicó *Los idiotas prefieren la montaña* (Xordica).



BIOGRAFÍA

Un hombre, una época



Ruth Guzik Glantz
ARTURO ROSENBLUETH, 1900-1970
Ciudad de México, Investav/El Colegio Nacional, 2018, 712 pp.

SUSANA QUINTANILLA

Ruth Guzik Glantz, antropóloga y especialista en educación, dedicó casi quince años a conocer la vida, “de la cuna a la tumba”, de un científico cuyos aportes han trascendido las coordenadas establecidas en el título de este libro: *Arturo Rosenblueth, 1900-1970*. Un nombre, una época, lo suficiente para un volumen de 712 páginas (fotografías y anexos bibliográficos incluidos) prologadas por el fisiólogo Pablo Rudomin, escrupulosamente cuidadas por sus editores y sin desperdicio para el lector.

La mayoría de los protagonistas de esta biografía forma parte del traumático despertar del siglo xx. Comenzando por Rosenblueth, que nació en Ciudad Guerrero, Chihuahua, bajo el signo de una mezcla peculiar: de padre judío de origen húngaro y de madre católica (aunque descendiente del judaísmo por la rama paterna) nacida en Estados Unidos. Si bien los ocho hijos de este enlace fueron bautizados en el catolicismo, su formación en casa siguió la tradición judaica dirigida a sobrevivir las épocas de “las vacas flacas” portando el saber

en la mente y unas cuantas propiedades dentro de una maleta.

Rosenblueth experimentó las ventajas de su educación familiar, sustentada en la música, la lectura y los idiomas, cuando tuvo que abandonar los estudios en la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional (por la que había optado tras renunciar a su vocación adolescente hacia las matemáticas) para ganarse la vida tocando el piano en el restaurante Lady Baltimore y como empleado de mostrador en la American Book & Printing Company. Mientras, la intelectualidad urbana recuperaba sus espacios en el centro de la Ciudad de México y la antigua garita de Santo Domingo era remodelada para albergar a la naciente Secretaría de Educación Pública.

En tanto esto ocurría en México, en la Universidad de Harvard el fisiólogo norteamericano Walter B. Cannon irrumpía en la escena internacional tanto por sus descubrimientos científicos como por sus reflexiones acerca de la docencia de la medicina y el trabajo de los investigadores. Del otro lado del río Charles, el matemático estadounidense y ex niño prodigio Norbert Wiener, quien había obtenido a los diecinueve años de edad el doctorado en lógica matemática bajo la dirección de Bertrand Russell, estructuraba el primer departamento de matemáticas en el MIT, institución hasta entonces dedicada a la ingeniería.

A partir de la página 109 del libro, Ruth Guzik narra cómo las vidas de estos hombres, hasta entonces paralelas, se fueron entrelazando, junto con las de muchos otros, para compartir una de las aventuras científicas más fascinantes del siglo xx. En los capítulos previos describe la formación en Alemania

y Francia de Rosenblueth y sus primeros empleos profesionales en México. Llega así al 25 de septiembre de 1930, día en el que, beneficiado por una de las primeras becas Guggenheim a mexicanos, Rosenblueth arribó a Boston para trabajar con Cannon en el laboratorio de fisiología de la Escuela de Medicina de Harvard.

El punto crucial de la saga es el encuentro de Rosenblueth y Wiener en una de las sesiones del Club de la Filosofía de la Ciencia organizado por el primero. La conformación de un grupo interdisciplinario interesado en el estudio de las similitudes entre el sistema nervioso y las máquinas derivó en la publicación de "Comportamiento, propósito y teleología" (1943), firmado por Rosenblueth, Wiener y Julian Bigelow. Este fue el ritual iniciático de una creación científica que habría de cambiar por igual la comunicación humana que la forma de producir conocimientos. Fue, también, el fin de una época en la vida de Rosenblueth y el punto de quiebre en la investigación realizada por su biógrafa. Durante su estancia en los archivos de Harvard y el MIT, ella descubrió, a un tiempo, tanto la luminosidad de sus personajes y del saber mismo como los vínculos entre estos y los propósitos militares.

Comparto la tristeza y la rabia que sintió Ruth Guzik al indagar los motivos que definieron el regreso de Rosenblueth a México después de catorce años de trabajar en Harvard. Nuestro país no le ofrecía una plaza definitiva ni un salario tan bueno como el que gozaban sus colegas estadounidenses. En Estados Unidos, las propuestas y recomendaciones iban y venían de un comité de selección a otro. Algunas matizaban los prejuicios contra Rosenblueth con referencias

como su matrimonio con una "simpatía norteamericana", la existencia de una hermana monja, su entusiasmo por la música o sus dotes de conversador. Los comentaristas intentaban mostrar que, pese a ser de origen judío y mexicano, él era un "hombre civilizado".

Finalmente, Rosenblueth decidió aceptar la invitación de Ignacio Chávez para trabajar en el Instituto Nacional de Cardiología, cuyo nacimiento en 1944 y primeras labores son detallados en el texto con la enjundia que enaltece el lema de la institución: "El amor y la ciencia al servicio del corazón". Desde esa institución, Rosenblueth emprendió una cruzada para construir el espacio en el cual recibió a decenas de colegas y discípulos de todas las nacionalidades. Lo describió como el laboratorio más bonito que haya existido en la historia de la creación y lamentó que Cannon no hubiera podido disfrutarlo. Durante la décima semana de su estancia en México, Cannon fue hospitalizado en el instituto y, unos días después, trasladado a Boston, donde moriría tras haber concluido la escritura de sus memorias *El camino de un investigador*.

La narración da seguimiento a la madeja creada por Rosenblueth y Wiener en torno a las relaciones entre el sistema nervioso y las máquinas. El estadounidense estaba empeñado en formar una sociedad americana para el avance de la ciencia en la que supuestamente Rosenblueth participaría. Además, planeaba desarrollar un centro de investigación que se ubicaría en las "tierras de nadie" entre las distintas disciplinas. Compartía con Rosenblueth la convicción de que la exploración de estas zonas vírgenes de la geografía científica debía ser encabezada por individualidades

opuestas entre sí, pero habituadas al trabajo compartido.

Ruth Guzik detalla la ruta trazada por estos visionarios para la fundación y el desarrollo del llamado Grupo de la Cibernética. En el principio estuvo México, adonde Wiener llegó en marzo de 1945 invitado por Manuel Sandoval Vallarta. Durante su estancia discutió con Rosenblueth acerca de filosofía, su pasión común, y elaboraron un artículo sobre los modelos en la ciencia. Poco después de su regreso a Estados Unidos, Wiener escribió a Rosenblueth lo siguiente: “El fin de la guerra está cerca y el uso de la bomba atómica está dejando muchas preguntas profundas entre los científicos estadounidenses. Con qué horrible responsabilidad potencial tendremos que vivir de ahora en adelante.”

En 1947, durante su segunda estancia prolongada en México, Wiener se dedicó a redactar un libro. Su primera preocupación fue escoger el título del texto y el

nombre del tema a tratar. *Cybernetics: or control and communication in the animal and the machine* (1948) está dedicado a Rosenblueth. En sus páginas anticipa lo que hoy es una realidad: “En el futuro desempeñarán un papel cada vez más preponderante los mensajes cursados entre hombres y máquinas, entre máquinas y hombres y entre máquinas y máquinas”.

El trabajo conjunto de Wiener y Rosenblueth, convertido en un modelo de investigación colaborativa, finalizó en 1950, aunque su amistad perduraría hasta la muerte del primero, en 1964. Rosenblueth había ingresado en 1947 a El Colegio Nacional y dedicaba parte de su tiempo a la divulgación de la ciencia en lengua española. Decía que los textos científicos debían estar dirigidos a personas de todos los niveles formativos, para lo cual los autores tenían que recurrir a un lenguaje claro, sencillo y explícito. Hizo gala de lo anterior en el texto “La invención científica”, publicado en el libro homenaje de

El Colegio Nacional a Alfonso Reyes en el cincuentenario de su vida como escritor. Pero mi favorito es “La estética de la ciencia”, dedicado a Diego Rivera, otro miembro fundador de El Colegio Nacional.

“Precioso y preciso” fueron los adjetivos que utilicé para comunicarle a la autora mis primeras impresiones de su libro. Y este es el lenguaje que ella empleó para contar las dichas y los suplicios de los primeros diez años del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav), de 1960 a 1970. Esta fue la última década de vida de Rosenblueth, el creador principal y primer director de una institución cuya pertinencia se renueva con la publicación de este fascinante calidoscopio del universo científico. —

SUSANA QUINTANILLA es doctora en pedagogía e investigadora del Cinvestav. Entre sus publicaciones recientes se encuentra *90 años de educación pública en México* (FCE, 2012), al lado de Rodolfo Tuirán.

LETRAS LIBRES

La conversación
ahora continúa
en los móviles.

